

peligro su base material misma. La fascinación por el progreso material y el confundir medios y fines en el proceso histórico conforman también la base del pensamiento socialista en la mayoría de las sociedades del Tercer Mundo. En un discurso pragmático (12 de mayo de 1969) *Armando Hart*, secretario de organización del Partido Comunista Cubano, elogió el modelo soviético stalinista de acumulación vigente a partir de 1930 como paradigma digno de imitarse, poniendo especial énfasis en los éxitos materiales del mismo. Como en todo pensamiento utilitarista, la problemática de los costos sociales del «experimento» y la pregunta por los fines ulteriores pretendidos quedaron aplastadas por la avalancha de cifras que indicaban los incrementos en los índices de producción y productividad.

A lo largo del espectro político existen evidentemente opiniones ampliamente divergentes acerca del modelo de desarrollo necesario y deseable, pero estas diferencias se refieren en primer lugar a la cuestión de la propiedad de los medios de producción, a la alternativa entre mercado o planificación y a la conformación de la esfera político-institucional. Todas las tendencias con algún peso político comparten la misma inclinación positiva hacia criterios enteramente cuantitativos del progreso material y mantienen una creencia ingenua que atribuye una fuerza casi mágica a conceptos como desarrollo, crecimiento, apertura, modernidad e industrialización.

El debate en torno a los modelos de desarrollo y la praxis de la planificación estatal se orientan según un conjunto de datos muy deficientes en lo relativo a recursos naturales y a variables demográficas, siendo, además, actividades reacias a calcular con sobriedad y a largo plazo. Parece, por tanto, improbable que alguna corriente política se muestre partidaria de medidas para la protección del medio ambiente y para un control efectivo del crecimiento demográfico, máxime si estas medidas tienden a producir una desaceleración de la expansión económica y costos generales más elevados, por lo menos a corto y mediano plazo. Partidos socialistas y revolucionarios derivan la legitimidad de su programático del hecho de que los gobiernos y las tendencias políticas tradicionales no han podido implementar exitosamente una estrategia de modernización e industrialización. La conciencia colectiva latinoamericana, fascinada por los éxitos del progreso material en las naciones septentrionales, pondrá muy probablemente su propio futuro en juego con tal de imitar a la brevedad posible algunos aspectos de la civilización metropolitana.

H. C. F. MANSILLA
Casilla 2049
LA PAZ (Bolivia)

La literatura realista de carácter infantil y juvenil

En una de sus cartas, la muy ilustrada Madame de Genlis, manifiesta que: «No daré a leer a mis hijos cuentos de encantadores ni aún *Las Mil y Una Noches*. A su edad, ni aun les convienen los cuentos, que para ella compuso Madame D'Aulnoy. Ni

siquiera uno hay cuyo asunto sea verdaderamente moral. Todo su interés lo forma el amor. Los príncipes y las princesas bellas enamoradas son malas porque, impresionándoles únicamente lo maravilloso, sólo conservan en la memoria el recuerdo de jardines encontrados y palacios de diamantes. Estas fantásticas imaginaciones dan falsas ideas a los niños».

Madame sólo hace que recoger en esta opinión el espíritu de la época. Uno de sus más conspicuos representantes, el señor Armand Berquin escribe su entonces famosísimo *Amigo de los niños* con el noble propósito de «... divertir a los niños y conducirlos a la virtud... En lugar de estas ficciones extravagantes y de lo maravilloso y extraño que ha descarriado su imaginación durante tanto tiempo, no presentamos aquí nada más que aventuras de las que puedan ser testigos diariamente en su familia».

He entresacado estas dos citas del libro de Carmen Bravo-Villasante *¿Qué leen nuestros hijos?*, porque pienso que resulta extraordinariamente útil comenzar un trabajo sobre *la literatura realista infantil y juvenil* exhumando estas bienintencionadas simplezas. Desde el polvo de su irremediable olvido, los fantasmas de los dos ilustres amigos de la infancia nos hacen una mueca sardónica que sirve de interrogación al enunciado de este artículo. Y es que sus palabras, dos siglos después de ser escritas, se cargan de unos significados que entonces no podían tener.

No dudo de la buena intención con que procedían los ilustrados autores. El infierno de la pedagogía y el del arte están empedrados de ellas. Ocurre que, desde la especial visión dada por el transcurso de los siglos, las intenciones de madame y monsieur que a ellos les parecían admirables, a nosotros ya no nos resultan tan éticas. Pues de lo que se trataba era de inducir a los jóvenes lectores a la aceptación de unos valores que eran precisamente aquellos en los cuales se cimentaba el antiguo régimen. Se trataba de que el niño se convirtiese en un adulto sumiso y respetuoso de unos principios basados en la desigualdad social y en la aceptación de esa básica inmoralidad que es la explotación del hombre por el hombre.

Esa píldora pedagógica del «enseñar deleitando» iniciada por Armand Berquin y que de manos del *Juanito* de Parravicini iba a llegar hasta las pecadoras manos infantiles del autor de estas líneas, ya vencido el primer tercio del presente siglo; esta literatura *realista* que pretende utilizar lo cotidiano de una manera ejemplarizadora, tiene, bajo su apariencia de acercamiento a las clases bajas, bajo su exaltación del buen niño pobre al final siempre recompensado, el muy decidido propósito de sus autores de matar en el niño todo sentimiento de rebeldía ante una situación social que se le presenta como indiscutible. Ese niño obediente, sumiso, respetuoso, repleto de buenos sentimientos, será, por supuesto, un ciudadano dócil, fácilmente gobernable, y si todos los ciudadanos hubieran seguido las lecciones propuestas por las deleitosas historietas, el mundo continuaría en la misma situación en que se encontraba cuando se escribieron *Juanito*, *El amigo de los niños* y *Lecciones de una institutriz a sus alumnos*.

Afortunadamente no fue así. Digo afortunadamente, porque aunque estoy muy lejos de pensar que vivimos en el mejor de los mundos —más bien pienso que vivimos en un mundo detestable—, con todo creo que es algo mejor que el de la señora de Genlis y el señor Berquin, y también que el que le tocó en suerte a Parravicini. Lo cierto es que el mundo cambió, entre otras cosas porque las bienintencionadas

empresas pedagógicas de nuestros autores terminaron en el mayor de los fracasos. Cosa natural. Una gran mayoría de los niños —precisamente aquellos que por su situación social eran más sensibles al germen de la rebelión— no sabían leer. Y quienes sabían leer prefirieron seguir buscando su diversión en aquellas ficciones extravagantes, aunque éstas no condujeran a la virtud. Posiblemente ello contribuyó a que no todos fueran adultos tan sumisos como pretendían los autores de los libros edificantes y, consecuentemente, aportasen su granito de arena al cambio social. Cambio que, entre otras consecuencias, trajo el que las obras de la señora de Genlis y el señor Berquin gocen del más absoluto y generalizado olvido, mientras los cuentos de encantadores y aún *Las Mil y Unas Noches* continúan ilusionando a los pequeños. Confío y espero que durante muchos siglos todavía...

Pero como el hombre es propenso a persistir en sus errores, hoy vemos cómo las bienintencionadas simplezas de los ilustrados siguen propiciándose por nuestros también ilustrados contemporáneos. Vemos cómo se clama por una literatura que deleite y enseñe, cómo se propugna una literatura que, desde la cotidianidad del pequeño lector, le inculque las virtudes del ciudadano perfecto. Al enfrentarme con el tema de la literatura realista infantil y juvenil son estas voces contemporáneas las primeras que vienen a mi mente, evocándome de paso las voces de sus antecesores del XVIII. Y es esto, a su vez, lo que me lleva a cuestionar cada uno de los términos que constituyen el título de este modesto estudio.

¿Literatura infantil y juvenil?

Hablamos de literatura infantil y juvenil... Pero, ¿qué significa esto? ¿Estamos muy seguros de saber qué entendemos, a qué nos referimos cuando hablamos de literatura? En principio, como elemento delimitador, podíamos pensar que literatura hace referencia a la palabra escrita, lo que nos serviría para eliminar a todo aquello que utiliza cualquier código distinto del escrito para transmitir un mensaje. Pero en seguida encontramos una serie de objeciones a esta primera delimitación. Existen mensajes transmitidos por medio de la escritura que, evidentemente, no son literarios. Por otra parte, mensajes claramente literarios como los cuentos maravillosos o los poemas épicos, solamente emplearon el código escrito para su transmisión en épocas muy posteriores a las de su nacimiento, ya que cuando nacieron se transmitían mediante la palabra hablada. Precisamente el niño sigue —o seguía— recibiendo esa clase de relatos a través de su vínculo de origen, la transmisión oral, entre otras razones porque en la edad en que más gusta de ellos aún no sabe leer.

Todo esto nos lleva a una serie de contradicciones. Literatura es lo escrito, pero no todo lo escrito... Hay algo que constituye lo específicamente literario con independencia del medio utilizado para transmitir el mensaje. Lo que ocurre es que nos negamos a enfrentarnos claramente con esto porque entonces nos veríamos obligados a separar lo literario de ese añadido didáctico tan caro a los moralistas y, además, porque tendríamos que admitir como literarios esos molestos competidores que utilizan medios distintos a los de la palabra escrita para transmitir sus mensajes.

De ahí que llegamos a esa ficción de unir lo literario a una determinada industria: